

UN PEQUEÑO MUNDO, UN MUNDO PERFECTO

Marco Martella

Un pequeño mundo, un mundo perfecto

Traducción de
Ernesto Hernández Busto

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Un petit monde, un monde parfait*
© Poesis, 2018

© de la traducción, Ernesto Hernández Busto, 2020

Imagen de la cubierta:
Hardwick House Park, 1955
© Edwin Smith / RIBA Collections

© Editorial Elba, S.L., 2020
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

A Pascal

And we've got to get ourselves
back to the garden.

JONI MITCHELL, Woodstock

ÍNDICE

Prefacio · 13
Genius · 16
The coming of the fairies · 24
Ninfa · 30
En el jardín de los monstruos · 36
Words in the wood · 44
En la escuela de los Capuchinos · 52
Jardines de ultratumba · 58
El cuidado · 67
Un pequeño mundo, un mundo perfecto · 73
Un balcón sobre Europa · 79
En el mundo sin medida · 85
Las flores de esta primavera · 92
Semillas · 98
El jardín y el desierto · 108
EPÍLOGO
Hacia una poética del jardín · 115
Notas · 121
Agradecimientos · 135

Prefacio

Una fría jornada de invierno. ¿Qué te empuja a salir al jardín? Podrías quedarte en casa leyendo delante de la chimenea, limitarte a mirarlo desde la ventana, mientras el sol derrite despacio la escarcha. En cambio, te olvidas del frío y la pereza, y sales afuera.

Está el árbol de Judea comprado en el vivero que espera desde hace semanas para ser plantado, las rosas silvestres que brotaron solas la primavera pasada, que hay que mover para adensar los setos, y están las ramas que hay que cortar antes de que los árboles despierten. En el jardín siempre hay algo que hacer. Pero esto, lo sabes, es sólo una excusa.

Te dices entonces que los árboles te llaman, que se requiere tu presencia allá afuera. Pero también esto es un pretexto: en el fondo no sabes nada de los árboles de tu jardín, para ti su vida sigue siendo un misterio. Y si eres sincero contigo mismo, en realidad no crees que te necesiten en absoluto. Eres tú quien los necesita a ellos. Como las flores y la hierba, estos árboles que te obstinas en llamar «tuyos» viven su existencia independientemente de ti, del jardinero que ha colmado de sueños, expectativas y aspiraciones confusas un pequeño pedazo de tierra para hacer un jardín.

Entonces, ¿qué es lo que te empuja a salir, a calzarte las botas y empuñar la azada?

Quizás sea sólo la necesidad (tan antigua que ya no se sabe de dónde viene, tal vez un legado de las genera-

ciones pasadas) de poner de nuevo las manos en la tierra, de volver a estar en contacto con los terrones y la corteza de los troncos. Te acuerdas de Anteo, el gigante mitológico que sacaba su fuerza del suelo y se volvía vulnerable cuando sus pies estaban lejos de la tierra.

Y está también la necesidad de mirar –pues hace mucho que no lo haces– qué está pasando en el prado, de observar los azafranes que, aprovechando el día soleado, se han entreabierto como si ya fuera primavera. Ese estremecimiento de vida breve, ese guiño de color entre los hilos de hierba, lo sabes, es capaz de sacudirte como un torbellino, como si también tú fueras una ramita a merced del viento.

O tal vez es sólo para asegurarte de que tu jardín aún está ahí, vivo, y no es una simple imagen a través del cristal de la ventana; que su letargo sólo es aparente. Debes saberlo, claro, porque cada año asistes al milagro de la primavera, pero la fe, ya se sabe, nunca es suficiente.

Más tarde, podrás mirar con satisfacción el árbol de Judea ya sembrado. Has cavado un hoyo profundo para él. Le habrás plantado al lado un sólido tutor y lo amarrarás con cuidado, apretando las abrazaderas con la delicadeza de una costurera, a pesar de los dedos entumecidos y sucios de tierra. Luego lo regarás abundantemente, como tu padre te dijo que hicieras hace años, para que las raíces se agarren bien a la tierra. Entonces te sentarás. Donde sea, incluso sobre un pequeño e incómodo muro, todavía húmedo, que el sol no ha conseguido calentar. Tal vez empiece a llover,

pero por nada del mundo renunciarías a ese momento. Satisfecho, admirarás «tu» árbol, le darás la bienvenida al jardín, prometiéndole el cuidado y la atención que merece, como cada planta. Y te darás cuenta de que a su alrededor, en torno a ese simple arbolito de ni siquiera un metro de altura, ha renacido todo un mundo. Por un instante tendrás claro por qué estás sobre esta tierra. O quizás sólo habrás olvidado esa pregunta.

En esto, que lo sepas, no estas solo. Desde siempre los hombres se han vuelto hacia el jardín, tal vez sin saber qué es lo que buscan. Por eso, piensa en todos aquellos que, como tú ahora, están trabajando con las tijeras de podar y el rastrillo, silenciosos y laboriosos como monjes, atentos a su humilde tarea, que parece no tener fin.

O en aquellos que, en este preciso instante, abren la verja de un jardín, como simples visitantes, con la sensación de entrar en un mundo aparte, un mundo dentro del mundo, que tal vez hace tiempo que los esperaba.